

Con la terminacion de las disensiones politicas, el entusiasmo patriótico se habia reanimado, y nadie pensó ya en otra cosa que en combatir contra los invasores norteamericanos que se presentaban en el puerto de Veracruz, bajo el mando del general de los Estados Unidos Scott. El Gobierno de Washington, convencido de que el plan de operaciones presentaria mas ventajas para sus fines desembarcando un ejército en Veracruz, que el abrazado al principio y puesto en planta por el general Taylor, se resolvió á tomar el puerto principal de la república mejicana, y marchar desde allí sobre la capital, que dista noventa y tres leguas y media. Aceptado el nuevo plan, fué nombrado el general Winfield Scott, á fines de Noviembre de 1846, general en jefe del ejército de los Estados Unidos en Méjico, para que llevase á efecto la empresa. Winfield Scott trabajó con actividad en disponer cuanto era necesario para la campaña antes de salir de los Estados Unidos, y reunió las mejores tropas con que contaba su nacion. Arreglado todo, se embarcó para Tampico, donde tenia que recoger algunas fuerzas y dictar algunas disposiciones militares para la campaña. La isla de Lobos, situada al Sur de Tampico, á cosa de ciento veinte millas de Veracruz, fué el punto de reunion que señaló á todas las fuerzas que debian extenderse por la costa, á la menor distancia posible de la capital. En los primeros dias del mes de Marzo de 1847 se hallaban ya en la expresada islita de Lobos, doce mil hombres de tropas norteamericanas y ciento sesenta y tres buques para transportarlos con todo el tren de campaña necesario. Embarcado el ejército el 7 de Marzo, se hizo inmediata-

mente á la vela la flota, y el 9 saltaron todas las tropas á tierra por la playa de Collado, sin que los mejicanos pudiesen impedir aquel desembarco por falta de un cuerpo de ejército que maniobrase fuera de Veracruz, ocupando á la vez la isla de Sacrificios, que es la mas próxima á la expresada ciudad. El dia 13 ocuparon Vergara, y el asedio de la ciudad fué ya completo por mar y tierra. Hecho el reconocimiento de la plaza y desechada por el general mejicano Morales, que mandaba en jefe, la rendicion de la ciudad que le intimó, Scott señaló un breve espacio para que saliesen de ella las mujeres, los niños y los ancianos, así como los cónsules extranjeros, pues manifestó que iba á romper los fuegos sobre la plaza.

1847. Mientras el ejército norteamericano, con todos los elementos necesarios para la lucha, preparaba su escuadra y situaba su gruesa artillería por la parte de tierra para batir á un tiempo los débiles muros de la poblacion y el castillo de San Juan de Ulua, veamos los recursos y gente con que contaban los que se disponian á resistir su ataque y defender la ciudad. Es sensible tener que referir el abandono en que el Gobierno mejicano habia dejado ese punto que debia haber sido atendido con preferencia á todos, no solo porque era el puerto principal de la república, sino porque apoderados de él los invasores, tenian un camino mas llano y fácil para llegar á la capital, marchando por poblaciones abundantes donde podrian abastecerse de víveres y de cuanto les fuese necesario. Lejos de haber destinado una respetable fuerza que pudiera oponerse á verificar un desembarco en la costa y á robustecer la defensa de la plaza, se habia hecho que

fuesen de ella á la capital, cuando Santa-Anna volvió de su destierro, algunas tropas que estaban ya aclimatadas á fuerza de sacrificios y de pérdida de gente. La guarnicion que tenia Veracruz, no ascendia mas que á tres mil trescientos sesenta hombres de todas armas. La del castillo de San Juan de Ulua se componia de mil treinta hombres (1). Corta era ciertamente la fuerza que contaba la

(1) Se componian esas fuerzas de los siguientes cuerpos:

GUARNICION DE LA PLAZA.	Hombres.
Regimiento número 2, coronel D. Bartolo Arzamendi . . . . .	400
Artilleria, coronel D. Antonio Ortiz Izquierdo. . . . .	150
Matriculados de marina. . . . .	80
Artillería de guardia nacional, teniente D. Antonio Sosa. . . . .	80
Zapadores, comandante D. José María Parra. . . . .	100
Regimiento número 8, coronel D. José Félix Lopez. . . . .	140
Un piquete del número 11, capitan D. Miguel Camargo . . . . .	41
3.º Ligerero, capitan D. Juan J. Sanchez . . . . .	150
Libres de Puebla, de guardia nacional, coronel D. Pedro M. Herrera . . . . .	350
Guardia nacional de Orizaba, coronel D. José Gutierrez Villanueva . . . . .	500
Idem de Veracruz, coronel D. José Luelmo. . . . .	800
Idem de Coatepec, Veracruz . . . . .	100
Batallon activo de Oajaca, coronel D. Juan Aguayo . . . . .	400
Idem, idem de Tehuantepec, comandante D. Manuel Prieto . . . . .	60

Total de la guarnicion de la plaza . . . . . 3360

#### GUARNICION DEL CASTILLO DE ULUA.

Artilleros, coronel D. Mariano Aguado . . . . .	450
Batallon activo de Puebla, comandante D. Fernando Urriza. . . . .	180
Idem, idem de Jamiltepec, coronel D. N. Garcia . . . . .	150
Compañías de los batallones de activos de Tuxpan, Tampico y Alvarado, capitanes D. Miguel Argumedo y D. Eligio Perez. . . . .	250

Total de la guarnicion del castillo . . . . . 1030

plaza para poder oponer una defensa larga y vigorosa contra un enemigo cuya escuadra numerosa, provista de artillería de poderoso alcance, iba á atacar sus muros por la parte de la mar, mientras un respetable ejército debia acometer con cañones de no menos alcance, por tierra. No ignoraban los defensores de Veracruz que los ingenieros habian declarado mucho antes de que el caso en que se encontraban llegase, que para poder hacer una defensa con esperanzas de buen éxito, era preciso que se contara con un cuerpo de ejército de cinco mil hombres que operasen fuera de la plaza, protegido por los fuegos de ésta. Y sin embargo de que no contaban con ese auxilio ni con otro alguno, puesto que en esa fecha el Gobierno de Farias ocupaba sus tropas en batir á los sublevados en la capital y Santa-Anna no llegaba á ésta, los defensores de Veracruz se resolvieron á morir defendiendo la ciudad, haciendo ese heroico y noble sacrificio por la patria. Las baterías de los sitiadores, compuestas de piezas de artillería de á treinta y dos y de bomberos de á sesenta y ocho, estaban situadas en los puntos desde donde mas daño pudieran causar á la ciudad. Hecha la intimacion por segunda vez á la plaza á las dos de la tarde del 22, dando á su guarnicion dos horas de plazo para entregarla, y vuelta á desechar por el general Morales, los sitiadores rompieron inmediatamente las hostilidades. El fuego de cañon sobre el castillo y la ciudad fué horroroso. Mil quinientas bombas arrojaron en cuarenta y ocho horas los morteros de los sitiadores sobre aquella reducida poblacion de 9,647 habitantes. Los buques de guerra, en combinacion con las fuerzas de tierra estuvieron lanzando,

segun confesion del historiador norte-americano Horacio Greeley, «por espacio de cuatro días y cuatro noches un torrente de hierro sobre la ciudad, y tan espantoso era el fuego, que bien pronto quedó casi convertida en un monton de ruinas, sin contar que murió mucha gente». La guarnicion, aunque corta, acudia á todas partes, resuelta á combatir hasta el último extremo. Centenares de cañones de grueso calibre y un número considerable de morteros y obuses arrojaban sin descanso sus destructores proyectiles sobre las casas y las murallas. La guarnicion respondia á los estragos que causaban, con vivas á Méjico y con los certeros tiros de sus baterias. Algunas bombas llegaron á caer en el hospital de sangre, situado en el convento de Santo Domingo, y al reventar con horrisona explosion, sus cascós privaban de la vida á muchísimos enfermos que yacian en sus lechos. Inmediatamente se trasladó el hospital á San Francisco; pero volvieron á caer allí las bombas, y las desgracias se repitieron sin cesar. El bombardeo continuó el 23 y el 24 con furia espantosa: los buques de la escuadra norte-americana que, remolcados por el vapor *Mississipi*, se habian acercado á Collado, arrojaban un diluvio de balas de cañon sobre las murallas: los edificios se derrumbaban al gran peso de las bombas y á la destructora explosion que hacian, pero los defensores de la plaza se enardecian al estruendo de los cañones y obligaron á los buques bloqueadores á alejarse de Collado. El dia 24 varias baterias norte-americanas dirigieron sus fuegos sobre el punto de Santa Bárbara, y abrieron una ancha brecha en la muralla; los defensores esperaban de un momento á otro el asalto; pero los sitiadores se habian pro-

puesto rendir la ciudad sin pérdidas de su parte, y siguieron su obra de destruccion, lanzando sobre ella bombas, granadas y cohetes á la congreve, que convirtieron en escombros y ruinas una gran parte de los edificios. «Durante aquel bombardeo», dice el ya mencionado historiador norte-americano Horacio Greeley, «cayeron sobre la ciudad tres mil bombas de noventa libras cada una y otras tantas balas de cañon.» La plaza, reducida á sus solos recursos, rodeada de enemigos por todas partes y sin esperanza de ser socorrida, luchaba con heroismo. El 26, el fuego fué aun mas activo y horroroso: tres bombas se veian continuamente en el aire, descendiendo á poco sobre las casas de la ciudad con estruendo terrible. Los soldados volaban al sitio del peligro. Las infelices mujeres, los niños y los ancianos salian despavoridos de un edificio en que se habian refugiado y acababa de ser desplomado por las bombas, y se refugiaban en otro, de donde á los pocos instantes volvian á salir apresuradamente porque tambien habia sido reducido á escombros. Un enorme proyectil hueco cayó en el baluarte de Santiago, en el sitio en que se estaba fabricando la pólvora: á su explosion se incendió la pólvora, y reventando mas de veinte bombas que allí estaban cargadas, hicieron volar el edificio, quedando hechos pedazos todos los artilleros y operarios que se encontraban en aquel sitio. Casi en los mismos instantes que se efectuaba esta escena dolorosa, acontecian otras dos no menos imponentes en el Hospicio y en el Hospital de mujeres. Una bomba lanzada sobre el primero, privó de la vida á nueve desdichados; otra caída sobre el segundo, causó la muerte de diez y siete personas.

1847. Las escenas de espanto y de desolacion se repetian en todas partes. Desde la puerta de la Merced hasta la Parroquia no se veian mas que montones de escombros que poco antes fueron vistosos edificios, y de la Parroquia á la Caleta pocas eran las casas que no habian sufrido terriblemente por los proyectiles huecos. Al inmenso alcance de la gruesa artillería de los sitiadores, los sitiados contestaban con una muy inferior en calibre y número. Sin embargo, si carecian de armas iguales, les sobraba valor para despreciar el peligro y seguian luchando con el mismo ardimiento que cuando empezó el combate. Esta diferencia en el alcance de los cañones y el valor manifestado por los mejicanos en esos momentos terribles, está expresado por el varias veces mencionado historiador norte-americano Horacio Greeley. «La guarnicion mejicana que habia en la ciudad», dice, «compuesta de unos tres mil hombres y de otros mil que defendian el castillo de San Juan de Ulua, desplegó gran valor en su resistencia; pero no contaba con una artillería que pudiese competir con la nuestra, y hubieran necesitado una fuerza mucho mas numerosa para servir las baterías de la ciudad.» Ya se ve, pues, que los defensores de la plaza cumplieron como militares valientes y como excelentes patriotas. Pero mientras los soldados de línea y la guardia nacional acudian á todas partes, despreciando la muerte, las mujeres, los niños y los ancianos corrian despavoridos por las calles, buscando un lugar que les pusiese á cubierto de los destructores proyectiles huecos que los sitiadores arrojaban incesantemente sobre la ciudad. Muchas familias cuyas habitaciones habian sido

destruidas, se refugiaron en las bodegas de algunas casas de comercio. El cónsul español D. Telesforo Gonzalez de Escalante, lleno de simpatías, como casi todos los españoles, hácia Méjico, abrió su casa y sus almacenes para recibir á la gente inerme que no encontraba dónde permanecer, y en el instante se llenó de mujeres que llevaban en brazos á sus tiernos hijos, de ancianos y de niños, á quienes no solamente acogió benévolamente, sino á quienes les dió el necesario alimento.

Los cónsules extranjeros, queriendo evitar á sus compatriotas los padecimientos consiguientes á un sitio y tratando á la vez, por un noble sentimiento de humanidad, de evitar las víctimas entre la gente inerme de la poblacion, pidieron permiso para salir á solicitar del general norte-americano permitiese abandonar la plaza á las personas indicadas. El general Morales, encargado de la defensa de la ciudad, obsequió el deseo de los cónsules, y en la tarde, los cornetas de todos los puntos de la plaza tocaron *alto el fuego*. Entonces una comision, nombrada por todos los extranjeros de diversas nacionalidades, salió, bajo bandera francesa, á solicitar proteccion de los buques de guerra de sus respectivos países, pero se vieron obligados á regresar á la ciudad al verse amenazados por el comodoro Perry.

Negada la solicitud, una nueva lluvia de balas y de bombas empezó á caer sobre la poblacion, arrojada de los buques de guerra y de las baterías situadas á corta distancia de la sitiada ciudad. Los víveres empezaban á faltar en la plaza, y á la ruina y al incendio producido por las bombas en varios edificios, se agregó bien pronto el

hambre en la clase mas infeliz del pueblo. La situacion de los defensores y habitantes de la ciudad era cada vez mas crítica: no se esperaba auxilio de ninguna parte, y el número de víctimas iba en aumento por instantes. En estas críticas circunstancias, el comandante general reunió á los principales jefes de algunos cuerpos y les pidió su opinion respecto de una salida para abandonar la plaza y abrirse paso por medio de las fuerzas sitiadoras. Despues de una detenida conferencia y deseando obrar de acuerdo con la guarnicion entera, les recomendó que explorasen la opinion de los oficiales y tropa sobre ese punto y que le diesen cuenta de lo que resultase. Habiendo sido diversos los pareceres, nada se pudo resolver por el momento.

1847. Como Veracruz no tenia una guarnicion competente para atender á todos los puntos, ni contaba con provisiones de boca ni con municiones de guerra suficientes para continuar el sitio, y se veia por otra parte sin esperanza de ser socorrida por un ejército, el general Morales reunió una junta de generales en la noche del 25 al 26, con objeto de tomar una determinacion definitiva. Despues de una larga y detenida discusion, se resolvió celebrar una capitulacion. Una vez resuelto esto, se envió muy de mañana una comunicacion al general norte-americano Scott, proponiéndole la reunion de comisionados con el objeto de que arreglasen los puntos de la capitulacion. Como una de las personas que no fué avisada para la junta celebrada entre los jefes mejicanos era el general D. Manuel Robles, que nada supo de aquella resolucion sino hasta el dia siguiente en que ya se habia enviado la comunicacion, protestó, por escrito, por

haber faltado á la ordenanza, que previene que se oiga el parecer del comandante de ingenieros, manifestando que no estaba por la capitulacion. Esta protesta y manifestacion de D. Manuel Robles no habia sido dictada porque creyese que la ciudad pudiera librarse de ser tomada, sino porque siendo el ataque dado á Veracruz el primer hecho de armas con que se abria la campaña por el Oriente, deseaba que la resistencia se prolongase lo mas posible, á fin de que los invasores comprendiesen las dificultades y tenaz resistencia que encontrarian antes de llegar á la capital.

Winfield Scott aceptó la reunion, y entonces, en la nueva junta que tuvieron los jefes de la plaza, la guarnicion nombró al expresado general D. Manuel Robles como uno de los comisionados para arreglar las negociaciones de la capitulacion. En la entrevista celebrada el dia 26 entre los individuos nombrados por Scott y los elegidos por la plaza, no pudo arreglarse convenio ninguno. Los norte-americanos se manifestaron resueltos á no conceder mas que lo que los usos de la guerra no les permitia negar, y no encontrando decoroso los mejicanos entregar la plaza con las condiciones que se les exigia, las hostilidades se debian volver á romper. Sin embargo, la noche se pasó en silencio.

A las doce de ella se celebró otra junta de guerra. El general Morales, que, como he dicho, estaba encargado de la defensa de la plaza, hizo dimision del mando, encargándose de él el general Landero. Esta renuncia hizo presentir á la guarnicion que la situacion de la plaza debia ser muy crítica. La ansiedad era grande. El dia 27,

antes de que hubiese amanecido, los cónsules de Inglaterra, Francia, España, Prusia y Ciudades Anseáticas, en union del alcalde segundo del Ayuntamiento, se dirigieron al sitio en que se hallaba el general Scott para solicitar que dejase salir de la ciudad á los extranjeros y á la gente inerme. El general norte-americano, sin darles audiencia, les contestó, por medio de un ayudante, que no podia conceder lo que se le pedia mientras la plaza no se rindiese. Esta negativa llenó de consternacion á todos los que no estaban en estado de poder tomar las armas. Scott habia mandado decir además, que si la plaza no se rendia á discrecion para las seis de la mañana, rompería de nuevo sus fuegos sobre ella; y al ver las infelices mujeres y los niños que se habia desvanecido la lisonjera esperanza de poder salir de la ciudad, se sobrecogieron de espanto. La guarnicion se preparó á la lucha.

1847. Sin embargo, el general Landero veia que no existian municiones mas que para cuatro horas, y comprendió que la lucha no daría por resultado mas que nuevas calamidades sobre la ciudad. Entonces se entablaron nuevas negociaciones; y el general Scott, que veia resueltos á los mejicanos á defenderse hasta el último trance y que juzgaba á la plaza abundante en municiones de guerra, accedió á conceder una capitulacion honrosa. La guardia nacional de Veracruz, que formaba parte de la reserva y la mandaba D. Manuel G. Zamora, manifestó que ella no capitulaba; iguales palabras se escucharon en las tropas que ocupaban las líneas; pero convencidas al fin de las razones que Landero expuso que existian para capitular, depusieron su actitud hostil y se resignaron.

El general Morales, en union del mayor de la guardia nacional, se marchó en una lancha por no capitular. La capitulacion en que se convino el dia 27, se ratificó el 28. Conforme á ella, en la mañana del expresado 28 se abandonaron los puntos defendidos. A las ocho de la mañana del siguiente dia, la artillería mejicana saludó la bandera de su nacion que se arriaba en el castillo de Ulua y en los baluartes de tierra. Eran los últimos honores que hacia á su querido pabellon aquella valiente guarnicion, que habia derramado con profusion su sangre en defensa de la patria. A las diez, las tropas mejicanas se dirigieron, formadas, al llano de los Cocos. En el centro de aquel llano habia una bandera blanca y otra de los Estados Unidos. La guarnicion mejicana, formada en columna, se colocó en el llano, quedando dentro de un cuadro de ocho mil hombres de tropas norte-americanas con cuatro baterías. El teniente coronel D. Manuel Robles y su ayudante D. Joaquin Castillo, que se habia portado heroicamente durante el sitio, fungian de intérpretes. Pronto se presentó el general norte-americano Worth, de gran uniforme y acompañado de sus ayudantes, á presenciar el acto solemne de la capitulacion. Los soldados mejicanos, sin poder ocultar su profundo sentimiento, se despojaron de sus fornituras, formaron sus fusiles en pabellon, y dando algunos pasos hácia atrás, quedaron formados á bastante distancia de las armas. Un batallon norte-americano marchó estrechando los costados de la tropa mejicana, y colocó á cortas distancias centinelas que cuidasen las armas entregadas. Terminado este acto, la tropa mejicana recibió orden de marchar por Medellin al punto que le pare-